El amor y la teoría del apego

Jorge Martínez Stack

Introducción

Dentro de las diferentes concepciones del fenómeno del amor, una de las más antiguas y populares lo concibe como una necesidad física o emocional. En estos términos, los rasgos definitorios del amor son los intensos deseos de estar en la presencia del otro, tener contacto físico, obtener aprobación y cuidados. En su forma más extremosa, la necesidad del amor aparece como el deseo pasional de poseer a otra persona y corresponde a lo que los griegos llamaron *eros*. En términos psicológicos más moderados y contemporáneos, podemos identificar esta idea del amor como necesidad con el concepto de *apego*, referido a los vínculos que se forman entre los infantes y sus padres [Bowlby, 1969; Harlow, 1958].

En otra concepción muy popular del amor, Maslow [1955] expone una secuencia de desarrollo del amor que va del apego (forma menos madura), al cuidado (forma más madura). En donde aquél se identifica con las "deficiencias" de las personas en cuanto a sus necesidades de aceptación y aprobación. Sugiere que "el hambre de amor es una enfermedad de deficiencia, de la misma manera en que lo son la necesidad de la sal o la avitaminosis [p. 26]" y, por tanto, es una forma inmadura de amar. Las personas "autorrealizadas", conforme al marco propuesto por Maslow, son aquellas quienes han satisfecho sus necesidades de esta clase de amor (en términos del propio Maslow, el amor D, la D de Deficiencia) y lo han reemplazado por el amor S (de Ser), que es menos dependiente, con menos necesidades, más autónomo y desprendido.

Este tipo de análisis lleva a suponer que el necesitar y el proporcionar cuidado son puntos opuestos, y que entre más se da uno de ellos, menos habrá del otro. Reconociendo la dificultad de este punto de vista, Zick Rubin [1974], uno de los investigadores contemporáneos más especializado en la teoría del amor, pone en duda el que la oposición masloviana corresponda en realidad a la naturaleza de las relaciones amorosas. Tomando algunos conceptos del teólogo Tillich, propone el ideal del amor como la comunión del apego y el cuidado (en la concepción griega, la reunión de *eros* con *agape*). En palabras de Rubin: "por lo tanto, en vez de hacer al amor sinónimo del apego o del cuidado, considero a estos dos como sus componentes básicos [p. 386]". Posteriormente, agregaría el componente de la intimidad para hacer hincapié en el amor como un vínculo o proceso que surge de la relación entre las personas.

Todo lo anterior sirva para fundamentar la importancia que para nosotros reviste el estudio del desarrollo de los primeros vínculos que los seres humanos establecen. Además de su importancia por sí mismos como promotores de la sobrevivencia adaptativa, ha sido usual suponer que dichos vínculos son uno de los componentes básicos del resto de las relaciones que, conforme crecemos y maduramos, llegamos a establecer. Incluso se supone que el tipo de relación que un niño establece con la persona responsable de su cuidado, usualmente su madre, será determinante para el establecimiento de sus relaciones fundamentales durante el resto de su vida; por ejemplo, el establecimiento de sus relaciones amorosas.

Desde esta perspectiva, el presente artículo revisa la teoría que se ha elaborado para dar cuenta de este vínculo inicial en-

tre hijos y padres conocido como *apego*. Además de revisar brevemente sus desarrollos más recientes, revisaremos algunos de sus hallazgos empíricos más importantes. Para ello, ubicaremos al apego como una clase de relación interpersonal, con una base biológica resultado de su historia evolutiva. Describiremos brevemente cómo estos aspectos llevaron a John Bowlby a elaborar una explicación teórica de las relaciones básicas que sostiene un niño con las personas responsables de su cuidado, lo que se convertiría en la base de lo que hoy se conoce como la teoría del apego, y cuyo desarrollo actual debe mucho al trabajo empírico y metodológico de Mary Ainsworth, quien fuera la creadora de la situación estándar que se emplea en la observación, medición y clasificación de los patrones de apego.

Daremos cuenta de los hallazgos empíricos más importantes referidos al apego y los determinantes de su calidad y efectos sobre el comportamiento posterior. Y no obstante que el apego se ha popularizado como un fenómeno infantil, reseñaremos cómo la investigación reciente la ha empezado a emplear en la descripción de la conducta en adultos. Finalmente reseñaremos, de forma general, algunas aplicaciones clínicas de los resultados de la investigación del apego y llamaremos la atención hacia la necesidad de desarrollar una mayor comunicación entre los profesionales dedicados a la solución de problemas clínicos y los psicólogos del desarrollo infantil. Propondremos a la investigación del apego como un ejemplo de esfuerzo de colaboración interdisciplinaria y a la vez como un puente que permitirá nuevos y más prometedores esfuerzos de colaboración.

La conceptualización y organización del presente trabajo se han visto influenciadas por el trabajo que sobre ontogenia, filogenia y relaciones realizara Alison Nash [1988], y a lo largo de la presentación que hacemos, tanto de los avances recientes de la teoría del apego, así como de algunos de los resultados de investigación, nos ha sido de gran ayuda la revisión que sobre el área realizara Susan Goldberg [1991].

Los procesos interpersonales

Los seres humanos, en tanto miembros de una especie social, poseemos un complejo tejido de relaciones sociales que resultan cruciales para el desarrollo de nuestra existencia. La capacidad para iniciar, desarrollar, guiar y mantener estas relaciones parece ser una parte fundamental de nuestra propia naturaleza. Nuestras relaciones personales más significativas son el producto de innumerables factores. Muchos han sido los maestros que nos han enseñado a relacionarnos tal y como lo hacemos. En términos freudianos podríamos afirmar que nuestras relaciones personales amorosas y amistosas, al igual que nuestros sueños, síntomas y obras de arte, son el resultado de una enorme sobredeterminación de una gran cantidad de fuerzas y factores contrastantes y contradictorios.

Gracias a estas relaciones experimentamos las más profundas sensaciones de seguridad y ansiedad, de poder e impotencia, de compañía y soledad. La amistad y el amor pueden satisfacer necesidades básicas, valores fundamentales y metas de desarrollo; y además de satisfacer necesidades puramente instrumentales y demandas ambientales inmediatas, pueden servirnos simplemente para consumir tiempo. El género, edad, inteligencia, rasgos de personalidad, esquemas cognoscitivos, metas de vida, clase social, hormonas, y roles y papeles que jugamos, no son sino algunos de los factores que moldean la estructura, contenido y estilo de nuestras relaciones personales.

¿Cuáles son las características de los procesos que nos permiten relacionarnos con nuestros semejantes?; ¿es factible suponer que existen procesos generales que subyacen a todo tipo de relación interpersonal?; ¿cuántos tipos de relaciones se dan entre los seres humanos?; ¿es posible clasificarlos?; ¿cuál es su origen evolutivo?; ¿de qué manera intervienen los procesos de aprendizaje en el desarrollo de las interacciones humanas?; ¿cómo se desarrollan a lo largo de la historia personal de un individuo?; ¿cuáles son las experiencias básicas que las determinan?

Preguntas como éstas, entre otras muchas, son algunas que la investigación contemporánea sobre los procesos interpersonales pretende contestarse. En general, en lugar de estudiar exclusivamente, cómo ha sido la tradición, tipos particulares de relaciones: amistad, amor romántico, matrimonio, etcétera, se busca investigar los procesos que afectan y determinan el curso de las relaciones interpersonales. Por lo común se asume que el análisis



de los procesos interpersonales, al ser abordados mediante un enfoque general de este tipo, nos permite tener una mejor comprensión de cualquier tipo de relación interpersonal humana.

Por otra parte, las explicaciones que buscan dar cuenta de la naturaleza y de las características de las relaciones interpersonales, por lo general, asumen que en su mayoría están determinadas por las experiencias que se tienen durante las primeras relaciones o vínculos que los seres humanos establecen a lo largo de su desarrollo individual. En este sentido se considera que las relaciones que, desde pequeños, los niños establecen con sus padres, o encargados de su cuidado, serán fundamentales para troquelar o moldear la forma y contenido de sus relaciones interpersonales posteriores.

La base biológica de las relaciones primarias

El estudio del desarrollo de las relaciones interpersonales en la infancia siempre ha supuesto que poseèn una base biológica. Freud explicó las primeras relaciones infantiles en términos de "instintos" o "pulsiones instintivas" [Freud, 1940], asignándole al concepto las mismas propiedades que las atribuidas por McDougal, el teórico más popular de "las disposiciones innatas" o "pulsiones instintivas" [Herrnstein y Boring, 1965].

Freud consideró que los instintos, y en particular los sexuales, eran la base para la relación emocional estrecha que se establece entre un infante y su madre. Sin embargo, algunos psicoanalistas posteriores [Guntrip, 1961] rechazaron el énfasis puesto en los instintos e hicieron hincapié en las relaciones objetales; consideraban que el ego y por tanto la libido, fundamentalmente se orientaba a objetos. Desde esta perspectiva (la de las relaciones objetales) se consideraba que las primeras relaciones infantiles no estaban enraizadas en pulsiones instintivas sexuales o agresivas, sino que la misma necesidad de relacionarse era un proceso básico o primario. No obstante, en cualquiera de estos dos puntos de vista acerca de las relaciones interpersonales iniciales (la libido regida por la búsqueda del placer o por la búsqueda de objetos), se considera que

existe una predisposición con la que nacen los humanos. En otras palabras, ya sea que se afirme que el niño busca placer o busca objetos, se hipotetizan predisposiciones innatas como la base de la formación de relaciones interpersonales durante la infancia.

Un enfoque biológico evolutivo de las relaciones básicas

A diferencia de otros teóricos de las relaciones objetales, que han intentado comprender la naturaleza de las primeras relaciones, John Bowlby [1958, 1969, 1982], ha hecho hincapié en los aspectos biológicos y ha buscado explicar las relaciones tempranas en términos de una teoría de la conducta basada en un enfoque biológico-evolutivo; con tal fin desde un inicio empleó muchos conceptos de las primeras teorizaciones de la etología. Esto trajo consigo, a diferencia de la mayoría de los enfoques psicoanalíticos, una orientación más empírica al estudio de la formación de relaciones durante la infancia. Este enfoque de las relaciones objetales fue recibido con escepticismo. Incluso autores como Mary Ainswoth, quien posteriormente haría grandes aportaciones a la teoría inicialmente propuesta por Bowlby, consideraba innecesaria una teoría para explicar el vínculo de un niño con su madre. En sus propias palabras: "Algunas verdades son evidentes por sí mismas: los niños pequeños forman un vínculo con sus madres debido a que ellas son quienes los alimentan [...] La crianza es gratificante" [Levine, 1986, citado en Nash, 1988]. Sólo cuando se hizo explícito que la teoría de las relaciones objetales tenía su base en la biología, fue evidente que la necesidad de relaciones en sí misma podría considerarse una pulsión biológica primaria, y, a su vez, en los estudios del desarrollo psicológico se empezó a considerar al desarrollo social desde esta perspectiva. En otras palabras, Bowlby, al examinar la filogenia de las relaciones, allanó el camino para que los psicólogos del desarrollo iniciaran el estudio de su ontogenia.

El apego y las relaciones interpersonales

La discusión fitogenética de Bowlby no se refiere a las relaciones de los niños en general, sino a una dimensión particular de la relación de un infante con la persona responsable de su cuidado, relación a la que llamó "apego" (*attachment* en inglés). Conforme a esta explicación, los infantes poseen una predisposición innata para mantener la proximidad con los responsables de su cuidado que le son familiares. En un principio son capaces de mantener la proximidad a través de señales tales como el llanto y la sonrisa que acercan o mantienen próximos a los adultos, y posteriormente, a través de la locomoción y otro tipo de señales.

No obstante que las conductas empleadas para producir la proximidad de los adultos pueden cambiar conforme el niño crece o se desarrolla, la meta permanece siendo la misma. Se asume que los infantes obtienen un sentimiento de seguridad gracias a la cercanía del adulto. El apego se refiere a la dimensión de la relación niño-encargado de su cuidado mediante la cual el infante obtiene seguridad y ésta es proporcionada por quien lo cuida. Bowlby propuso que la propensión a formar vínculos de apego ha evolucionado a través de la selección natural en virtud de que protegen al niño de la depredación en el "ambiente humano de la adaptabilidad evolutiva".

Las predisposiciones para las relaciones

No obstante que las explicaciones elaboradas por Bowlby se referían a la filogenia, produjo un enorme interés por el estudio de la ontogenia del apego. Y así surgieron estudios sobre sus innumerables características y determinantes (véase más adelante). En forma paralela, otros investigadores se interesaron por distintos aspectos de las relaciones infantiles. En particular hicieron hincapié en las capacidades emergentes de los infantes para interactuar con otros seres humanos: sus preferencias tempranas por estímulos visuales y acústicos del rostro y voz humana; su disposición inicial para establecer diálogos conductuales y vocales; etcétera. No obstante que tales estudios no fueron guiados por la teoría etológica del apego, también asumieron que la filogenia jugaba un papel básico para su comprensión y, así, emergió la preparación biológica para el paradigma del aprendizaje [Seligman, 1970]. Según ésta, los niños están preparados para aprender innumerables aspectos de su medio que les permiten entablar y mantener relaciones sociales con gran facilidad. Sin embargo, esta concepción de la preparación

biológica enfrenta el problema que, a diferencia de la teoría del apego, trata básicamente acerca de características de los sujetos y no de sus relaciones. La capacidad del infante para responder a otras personas se discute en términos de tendencias o propensiones innatas o biológicas, por tanto, el énfasis se localiza en el infante y no en las relaciones. Sin embargo, resulta evidente que las capacidades para desarrollar y mantener relaciones que muestran los niños, se entremezclan con sus capacidades como participantes en episodios de interacción. No obstante, no es sino hasta muy recientemente que se ha buscado desarrollar una teoría biológica de las relaciones en lo general [Buss, 1991].

El apego como una clase de relación

Es conveniente mantener clara la distinción entre relación y apego. Como el propio Bowlby destacó, mucho de la interacción no guarda relación con el sistema del apego. Empero, el apego puede verse como un subconjunto de las conductas involucradas en las relaciones. Y así como sabemos que las relaciones de los individuos pueden influenciar su propio desarrollo, un subconjunto de tales relaciones, por ejemplo, el apego, influenciará su comportamiento posterior.

Breve bosquejo de la teoría del apego

John Bowlby [1958], empleando una combinación de conceptos derivados del psicoanálisis y la etología, fue quien por primera vez describió la teoría del apego, en la que propuso que los lazos afectivos que se desarrollan entre los infantes y las personas encargadas de su cuidado tienen una base biológica que se explica mejor si la concebimos desde una perspectiva evolutiva. Ya que la sobrevivencia infantil depende en gran medida del cuidado que le proporcionan los adultos, existe en los niños una tendencia genéticamente determinada para comportarse de maneras que, por un lado, mantengan y aumenten la proximidad de las personas responsables de proporcionárselo, y, por otro, provoque en ellos atención y proximidad. Al mismo tiempo, y como consecuencia de una historia evolutiva complementaria, los adultos muestran una tendencia a comportarse en forma recíproca. Mientras que la teoría psicoanalítica pone énfasis en los papeles iniciales jugados por los encargados del cuidado del infante en la reducción de la activación fisiológica, y por su parte, la teoría del aprendizaje social [Bandura y Walters, 1963] hace hincapié en el rol de maestros que desempeñan quienes lo cuidan, la teoría del apego se centra en los padres como protectores y proveedores de seguridad. En realidad las tres teorías reconocen que los padres pueden llevar a cabo múltiples papeles, esto es de maestros, de proporcionadores de cuidados, de compañeros de juegos, etcétera; sin embargo difieren en cuanto al peso relativo que confieren a cada uno de estos papeles. Por otra parte, a diferencia de la teoría psicoanalítica y la del aprendizaje social, que conciben al niño en su interacción con el medio como un ser básicamente pasivo, que sólo responde ante cambios de estimulación externa o interna, y con muy poca participación propia y autónoma en la orientación e inicio de la interacción, el punto de vista de Bowlby, recogido en la teoría del apego, concibe al niño como un participante activo en la relación con su mundo físico y social. Además, desde el punto de vista de esta teoría, se considera posible que los individuos al interactuar generen vínculos recíprocos. En este sentido, el apego es una cualidad de las relaciones que perdura de por vida. La naturaleza de los vínculos así formados puede transformarse conforme el niño se desarrolla, sin embargo, el apego mismo puede ser duradero.

Las descripciones típicas del fenómeno del apego incluyen tanto componentes sociales (es una propiedad de las relaciones sociales), como emocionales (los participantes en la relación desarrollan vínculos emocionales), cognoscitivos (cada participante forma un esquema cognoscitivo —"un modelo de trabajo"— de la relación y sus participantes) y conductuales (los participantes exhiben conductas que reflejan y mantienen la relación). La naturaleza y la interrelación de estos componentes determinan los cambios que se dan en el apego conforme se da el proceso del desarrollo del individuo.

A lo largo de su primer año de vida aquellas conductas del infante que promueven la proximidad de los adultos (señales para la orientación —llantos y vocalizaciones— y acciones dirigidas (aproximarse y subirse a quien le proporciona los cuidados) se organizan como un siste-

ma orientado a una meta [Toates, 1980; describe los conceptos básicos de una aproximación basada en la teoría de sistemas y del control para la descripción de fenómenos conductuales concebidos como sistemas] y se centran alrededor del responsable de su cuidado. La madre es usualmente la primera de estas figuras, sin embargo otros adultos pueden ser quienes jueguen este papel. Cuando el sistema del apego se encuentra en su estado de meta, terminal o consumatorio (desde la perspectiva del infante existen la proximidad y el contacto adecuados), las conductas de apego tienen a disminuir; cuando el estado terminal es perturbado, las conductas de apego se activan. Además, ya que el sistema de apego opera dentro del contexto de otros sistemas relacionados (por ejemplo, el de la exploración), la meta se ajusta para mantenerse adaptada al contexto. Para un niño sano en un ambiente familiar (seguro), la meta puede mantenerse en el mismo escenario con la figura con la que se ha formado el apego, si el infante está cansado, de mal humor o se encuentra en un ambiente con el que no está familiarizado, la meta viene a ser lograr una mayor proximidad y contacto con la figura de apego.

A medida que las habilidades locomotrices, lingüísticas y sociales del niño se desarrollan, las metas del sistema de apego se modifican para permitir separaciones de mayor duración sobre distancias cada vez mayores. Los componentes cognoscitivos juegan un papel cada vez más dominante y la proximidad física ya no tiene tanta importancia en las conductas de apego moderado.

Los modelos de trabajo individuales de una particular relación, incluyen conceptos de uno mismo y de otros, un "modelo de trabajo" más general de las relaciones también se desarrolla y refleja las experiencias de los individuos en sus relaciones. La calidad de los apegos así formados, tanto iniciales como posteriores, influye en los conceptos de sí mismo, al igual que las expectativas y actitudes hacia las relaciones sociales. Los individuos cuyas relaciones de apego primarias durante la infancia fueron satisfactorias y les permitieron tener, además de una imagen de sí mismos como personas amadas, una seguridad emocional, esperarán tener con otras relaciones positivas y relaciones íntimas valiosas. Los individuos que cuando niños hayan experimentado rechazo o hayan sido tratados con dureza, se verán a sí mismos como poco dignos de ser amados, esperarán posteriores rechazos, y será probable que se comporten de tal forma que provoquen tales rechazos. Estas predicciones pudieran no diferir en gran medida de aquéllas elaboradas desde otras aproximaciones teóricas al estudio de las relaciones, sin embargo, la evaluación de una teoría dependerá en mucho de la posibilidad de ser comprobada empíricamente.

Breve revisión de la investigación del fenómeno del apego

La teoría del apego ha generado un poco más de 25 años de investigación empírica fructífera. Ésta ha sido posible gracias al trabajo inicialmente desarrollado por Mary Ainswoth y sus estudiantes [1964; 1969; 1978], quienes clasificaron en tres diferentes patrones las relaciones de apego entre infante y padres observadas entre los 12 y los 18 meses de edad de los niños. Los primeros 10 a 15 años de la investigación basada en sus métodos se orientaron a la obtención de datos normativos y a la documentación de precursores y secuelas de diferentes pa-



trones de apego. De esto siguieron esfuerzos por estudiar patrones de apego en poblaciones clínicas (por ejemplo, niños maltratados, enfermos médicamente, o de madres depresivas). Estos esfuerzos produjeron un cuarto tipo de patrón de apego que se consideró como potencialmente más patológico. No obstante, pronto se reconoció como una importante limitación la incapacidad para examinar los patrones de apego que ocurren posteriores a la infancia. De ahí que esfuerzos recientes se han orientado al desarrollo y validación de métodos para evaluar el apego en preescolares, en niños entre cinco y siete años, y en adultos. En la tabla 1 [tomada de Goldberg, 1991], se muestra una descripción sumaria de los patrones de apego hasta ahora descritos. Sin lugar a dudas, en el futuro este esquema conceptual sufrirá modificaciones.

Tabla 1
Patrones de apego en diferentes etapas de desarrollo

		Patrones de apego			
Edad	*Método de evaluación*	*Seguro (B)*	*Rechazante (A)*	*Preocupado (D)*	*Desorganizado (D)*
12-18 meses	Observación estructurada (situación extraña)	Seguro	Evasivo	Ambivalente/ resistente	Desorganizado
2.5-4 años	Observación estructurada (reuniones)	Seguro	Evasivo	Dependiente	Controlador/ desorganizado
2-7 años	Observación estructurada (reuniones)	Seguro	Evasivo	Dependiente	Controlador
Adultos	Entrevista	Autónomo/ seguro	Rechazante	Preocupado	Indeciso afligido (pérdida)

Los patrones de apego

En virtud de que las teorías del desarrollo de vínculos de apego entre niños y padres se elaboraron antes de que grupos de diferentes edades hubieran sido analizados, es común que a partir de los resultados obtenidos con niños entre 12 y 18 meses de edad se hagan analogías para otras edades. La evaluación del apego entre hijo y madre desarrollada por Ainsworth y sus colaboradores se basa en la hipótesis de que los sentimientos infantiles de seguridad son la función ontogenética del sistema del apego. Bowlby reconoció tanto la meta filogenética de protección de los depredadores y peligros externos, así como la función ontogenética de la seguridad psicológicamente percibida. Ainsworth, mediante el diseño del procedimiento de observación experimental conocido como *Situación extraña* (o *No familiar*), ha investigado con mayor detalle esta última función. El procedimiento involucra la observación del infante, de la persona responsable de su cuidado (generalmente la madre), y la de un adulto, que aunque con actitud amistosa, resulta desconocido para el niño. Las observaciones se llevan a cabo a través de una serie de ocho episodios semiestructurados en un laboratorio diseñado como salón de juegos. Se registra la interacción entre las conductas de apego y de exploración en respuesta a las manipulaciones a lo largo de los ocho episodios. El aspecto crucial del procedimiento radica en la secuencia estándar de separaciones y reuniones entre el niño y los dos adultos. En general es común observar que a lo largo de los episodios, los infantes experimentan creciente incomodidad o aflicción y una mayor necesidad de proximidad física. El grado en que los niños afrontan estas necesidades y las estrategias que emplean para ello son utilizados como indicadores de la calidad del apego.

Las sesiones son grabadas en cintas de video, a partir de las

cuales se obtienen los puntajes obtenidos por el niño en su interacción con la persona responsable de su cuidado: búsqueda y mantenimiento del contacto, interacción a distancia, evitación y resistencia al contacto. A partir de esta información, la díada es clasificada en cualquier de los ocho subtipos formados a partir de las tres grandes categorías. No obstante que se lleva el registro de toda la sesión. Las conductas que son exhibidas al momento de la reunión del niño con la figura de apego, una vez que ésta retorna a la situación después de un tiempo de haberla abandonado, han mostrado ser el rasgo más sobresaliente de los patrones propuestos.

Los tres patrones reflejan *estrategias* empleadas por el niño para manejar la activación de su afecto durante las interacciones, separaciones y reuniones con la persona responsable de su cuidado. En la *estrategia de seguridad*, el sistema de apego se activa solamente cuando es amenazada la seguridad del infante (por ejemplo, la madre se aleja del pequeño y éste es dejado en un lugar con el que no está familiarizado); cuando retorna la figura de apego (la base de seguridad), el sistema de apego se desactiva, liberándose el sistema de exploración. En la *estrategia de evitación*, el sistema del apego defensivamente es suprimido para que el niño parezca estar explorando sin preocuparse por su seguridad, no obstante que cuidadosamente vigila la presencia de la figura de apego. En la *estrategia ambivalente/resistencia* (preocupado), el sistema de apego continuamente permanece activado a expensas del sistema de exploración, incluso en situaciones en las que en apariencia el niño debiera sentirse seguro y confortable (por ejemplo, presente la figura de apego). Otra forma de entender las estrategias de apego es mediante la consideración de su umbral de activación. En la de evitación el umbral es muy alto, en tanto que en la ambivalente/resistente es muy bajo. En las dos estrategias de inseguridad el umbral principalmente se ubica en un punto que permite responder a necesidades internas y no se adapta al ambiente. Por el contrario, en la estrategia de seguridad el umbral es moderado como sensible a las condiciones ambientales.

En el estudio original de Ainsworth el 65 por ciento de los niños exhibieron un patrón de apego seguro, el 21 por ciento de evitación y el 14 por ciento ambivalente/resistente. En fechas recientes, Van Ljzendoorn y Kroonenberg [1988] analizaron datos aproximadamente de 2 000 infantes obtenidos en 39 estudios realizados en ocho países diferentes y encontraron casi la misma distribución, no obstante la existencia de algunas variaciones culturales. Además bajo condiciones de vida estables, los patrones de apego tienden a ser relativamente estables, tanto para periodos cortos (seis meses) como para periodos largos (alrededor de cinco años). Estos datos se refieren al apego de la misma persona encargada del cuidado del niño, evaluado en distintas ocasiones.

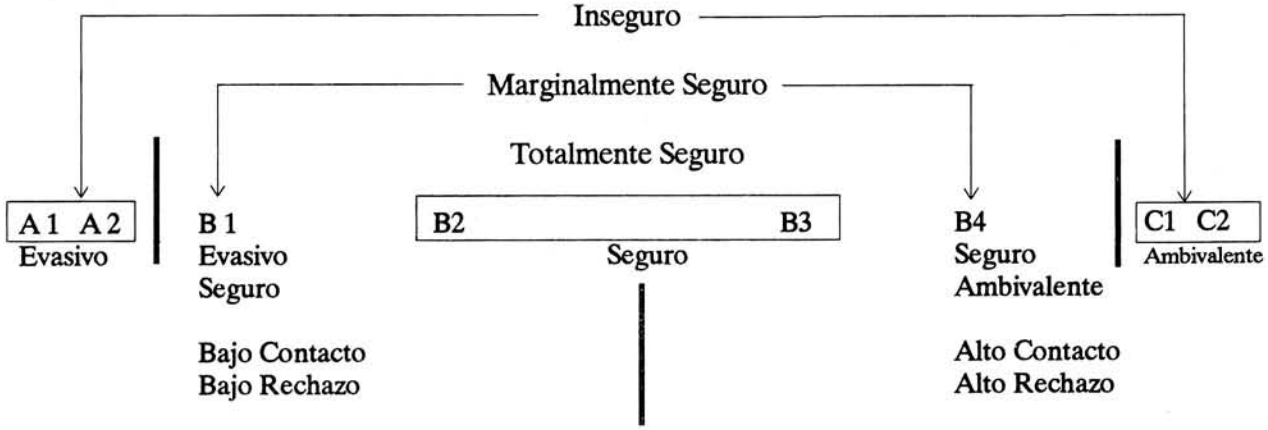
Diferentes estudios han aprobado que los patrones de apego a la madre son independientes de los mostrados ante el padre, lo que sustenta la suposición de que los patrones definidos a partir de la situación extraña, reflejan cualidades de relaciones diferentes y no rasgos idiosincráticos del niño. Sin embargo, en un estudio reciente, Fox, Kimmerly y Schaefer [1991] analizaron 11 investigaciones de apego a la madre y al padre, encontrando un alto grado de concordancia entre los patrones de apego a la madre y al padre, lo que plantea varias interrogantes acerca de la interpretación de "rasgos *versus* relaciones" de los patrones de apego inferidos a partir de su observación en el procedimiento de *situación extraña*. Para una mejor interpretación de hallazgos de este tipo consideremos la relación entre temperamento y apego.

Temperamento y apego

En la literatura sobre el apego es común encontrar discusiones acerca de la influencia del temperamento. Pareciera que la propensión del niño a ser perturbado o afligido es el principal determinante de la conducta durante la situación extraña. Sin embargo, las conductas más sobresalientes para la clasificación no son la presencia o ausencia de aflicción o congoja, *sino el estilo del niño para afrontar la situación*, en particular el empleo de la figura de apego como fuente de seguridad y alivio. Los estudios en los que por medio de reportes de los padres se ha evaluado el temperamento de los niños han encontrado, por lo general, una asociación pequeña entre los puntajes de los cuestionarios sobre el temperamento y la seguri-

dad del apego [por ejemplo, véase a Sroufe, 1985]. No obstante, un examen más cuidadoso del esquema completo de clasificación (la figura 1, muestra el esquema con todos los subgrupos) revela la existencia de una dimensión inherente de temperamento. Los niños que emplean una estrategia de evitación y algunos que evitan en menor medida (B1), son perturbados con menor facilidad que aquellos niños más seguros que muestran mayor resistencia (B3) y aquéllos seguros con menor resistencia (B4). Si dividimos a los infantes de acuerdo con el grado o facilidad en que puedan ser perturbados (grupos de aflicción alta y baja), será más probable que los niños del grupo alto sean reportados por sus padres como temperamentalmente "difíciles" y aquéllos del grupo de baja aflicción será más probable que sean identificados como temperamentalmente "fáciles". Es decir, la perturbación experimentada durante la situación extraña se relaciona con el tipo de seguridad o inseguridad, y no con la seguridad *per se*.

En otro análisis reciente se encontró en los grupos de alta y baja aflicción (en el esquema de la figura 1, los grupos A1-B2 y B3-C2, respectivamente) un alto grado de concordancia en el apego de los niños a su madre y a su padre. Sin embargo, dentro de cada uno de los grupos no concordó la seguridad de la madre con la del padre. Es decir, si un niño es clasificado como perteneciente al grupo A1-B2 con una madre, es altamente probable que sea clasificado dentro del mismo grupo cuando es evaluado con el otro padre. Sin embargo, si dentro del mismo grupo A1-B2 se presenta un patrón de apego A (evitación) o B (seguridad) con uno de los padres, esto no permite predecir seguridad o inseguridad con el otro padre. Este tipo de hallazgo muestra la existencia de una asociación entre temperamento y conducta en la evaluación mediante el procedimiento de la situación extraña, pero a su vez indica que la seguridad es una característica de la relación, más que un rasgo individual.



Las conductas de los patrones de apego que se exhiben en la evaluación mediante la situación extraña se relacionan tanto con la conducta previa como con la actual mostrada en el hogar. Las madres de niños que muestran una estrategia de seguridad en el apego son calificadas como más sensibles, responsables, accesibles y cooperativas durante el primer año de vida del niño, que las madres de niños que se muestran inseguros en su apego. Esto sugiere el papel tan importante que las madres pueden jugar en el moldeamiento de la cualidad de la relación.

Por otra parte, un número cada vez mayor de estudios han encontrado que en una gran variedad de tareas que requieren habilidades cognoscitivas y sociales, los niños seguros se muestran más competentes que los inseguros. En este sentido, Sroufe y sus colaboradores del Instituto para el Estudios Infantil de Minneapolis han llevado a cabo un ambicioso estudio longitudinal. Una muestra grande de niños, cuyas primeras estrategias de apego fueron evaluadas, ahora están ya en la pubertad. Los datos de los reportes publicados a lo largo de sus primeros años escolares do-



cumentan las influencias que el apego inicial tiene sobre las habilidades sociales en años posteriores.

En muestras normativas ha sido posible demostrar relaciones coherentes entre la conducta en el hogar y el apego evaluado en el laboratorio y entre éste y el desarrollo subsecuente. Esto ha llevado a los investigadores a emplear la situación extraña para explorar posible "desvíos" de la relación infante-madre bajo condiciones productoras de *stress* poco usuales (por ejemplo, nacimiento prematuro, maltrato, depresión maternal). En principio era de esperarse que en estas poblaciones de alto riesgo habría pocos niños que mostraran relaciones de apego seguro y no obstante que algunos estudios iniciales encontraron que es menos probable que los niños maltratados desarrollen relaciones de apego seguro, al encontrarse evidencia de que no necesariamente es más probable que los niños médicamente enfermos desarrollen patrones inseguros de apego, se han planteado algunos cuestionamientos a la teoría del apego o a la metodología de evaluación empleada. Otro tipo de resultado "anómalo" para la teoría obtenido con poblaciones atípicas lo representó el hallazgo obtenido con niños maltratados con hijos de madres depresivas quienes en proporción importante muestran estrategias de apego tanto de evitación como de ambivalencia/resistencia. En ambas poblaciones, entre más dañina sea su condición, más probable será el encontrar este patrón dual en las estrategias de apego.

Basándose en este tipo de resultados y después de revisar un número considerable de casos en los que no fue posible clasificar el tipo de estrategia de apego, o en los que se le encontró como "anómalo" (casos en los que niños maltratados mostraban apego seguro). Main y Solomon [citados por Goldberg, 1991] propusieron un cuarto patrón de apego al que llamaron "desorganizado".

A diferencia de los tres patrones identificados con anterioridad, que podían ser descritos como estrategias, los niños del grupo "desorganizado" no muestran una estrategia coherente para afrontar las separaciones y reuniones durante la situación extraña. Además, realizan conductas poco usuales e inexplicables que sólo tienen sentido si se les interpreta como reflejo de la confusión o miedo que les produce la persona encargada de su cuidado. El patrón de apego mixto descrito para los niños maltratados e hijos de madres depresivas se ha incluido dentro de la nueva categoría del grupo desorganizado y con ello se ha encon-

trado una alta proporción de este apego desorganizado en poblaciones de niños maltratados. Esto ha servido como base para suponer, por una parte, que la desorganización es un patrón de apego sumamente inseguro y que algunos niños de poblaciones de alto riesgo que, en trabajos anteriores, fueron catalogados como seguros, en realidad presentaron este patrón de desorganización, y por otra, que la desorganización en el apego pudiera tener implicaciones importantes para psicopatología subsecuente. No obstante, hay que tener presente que es factible que se observe alguna "desorganización" como una respuesta transitoria a sucesos que normalmente producen desazón en los niños pequeños; por ejemplo, el nacimiento de un nuevo hermano. Sin duda, se requiere mayores datos de poblaciones normativas para poder sustanciar muchas de las posibles implicaciones, tanto clínicas como teóricas, de los patrones de apego desorganizados.

El apego más allá de la infancia

La ausencia de una metodología que permitiera evaluar el apego en edades posteriores a la infantil ha limitado en mucho el desarrollo de una teoría más general del apego. Lo que para Bowlby representaba un constructo aplicable a todas las etapas de la vida, vino a aplicarse sólo a la infancia, debido a que es la etapa de desarrollo donde ha resultado más fácil y evidente la medición y registro del apego. No obstante la importancia del estudio de las secuelas que en el desarrollo posterior tienen los primeros vínculos formados a través del apego, resulta igualmente importante estudiar el desarrollo del apego mismo.

Los esfuerzos más importantes en este sentido se han orientado hacia el desarrollo de procedimientos para evaluar el apego en niños preescolares, en niños de cinco a siete años de edad, y en adultos (véase la tabla 1). Al igual que los procedimientos empleados con niños pequeños, los empleados con niños preescolares y con los de edades un poco mayores se basan en el registro de observaciones de reuniones grabadas en video. El procedimiento de observación empleado con adultos se basa en la entrevista en la que se inquiere por sus apegos iniciales. La versión manuscrita detallada de la entrevista es calificada teniendo como meta, no la determinación objetiva de la naturaleza de la relación, sino la evaluación del modelo de trabajo del apego que en la actualidad emplea el individuo. Como se describe en la tabla 1, los cuatro patrones de apego descritos con anterioridad y observados en niños pequeños, pueden aplicarse a otras edades. Los esquemas de clasificación son relativamente nuevos, y la investigación que los validará se encuentra en sus inicios. No obstante, estas descripciones preliminares proporcionan algún sentido en la continuidad que pudiera ser posible en el desarrollo de los patrones de apego.

Seguro/autónomo

Los preescolares y los niños entre cinco y siete años que pueden clasificarse como seguros, al igual que los niños pequeños también seguros, saludan de manera cordial al padre/madre que retorna a la situación de evaluación y son capaces de prestar atención en forma coordinada a la figura de apego y a sus actividades de exploración. De igual forma, y dado que sus esquemas cognoscitivos son más elaborados (incluyen por ejemplo, el reconocimiento de los padres como individuos independientes), la separación les produce menos *stress* a los preescolares y a los niños entre cinco y siete años que a los más pequeños originalmente evaluados. Durante la separación, los niños más grandes pueden disfrutar actividades absorbentes y cuando saludan a la figura de apego que retorna a la situación, lo hacen en forma casual y por lo general continúan con sus actividades, no obstante encontrarán la manera de involucrarla invitándola a participar en las actividades realizadas o proporcionándole de manera espontánea información respecto a lo que están haciendo. La conversación es fluida y ambos participantes se encuentran relajados. Existe contacto ocular de apoyo y los niños pueden iniciar la proximidad o el contacto físico.

Los adultos seguros (descritos como autónomos), valoran el apego y son capaces de hablar de él en forma coherente y realista. Si han tenido relaciones positivas con sus padres, les reconocen y aceptan sus imperfecciones. Si han tenido una infancia difícil o de mal trato, pueden reconocer lo poco placentero de su experiencia y han llegado a entenderla, asimismo pueden establecer nuevas e importantes relaciones por ellos mismos.

Evasivo/rechazante

Los preescolares y los niños de cinco a siete años evasivos, al igual que los niños pequeños catalogados de la misma manera, parecen más interesados en otras actividades que en el regreso de la figura de apego. Sin embargo, han aprendido que las convenciones sociales prescriben el saludo así como el responder a los requerimientos del adulto. La evasión o evitación en los niños más grandes es por tanto más sutil y se evidencia por la falta de contacto ocular, de iniciativas sociales y una respuesta mínima a las entradas paternas a la situación de evaluación. La estrategia de evasión busca mantener la neutralidad: no realizar nada, ni positivo ni negativo, que pudiera requerir la atención a la relación.

En forma semejante los adultos evasivos o rechazantes minimizan la importancia de las relaciones íntimas. Pueden, o idealizar sus experiencias infantiles, sin ser capaces de proporcionar detalles que las sustenten o, de hecho, dar ejemplos contradictorios. Algunos pueden hablar de experiencias negativas pero sin reconocer sus efectos. Intentan limitar las influencias del apego en ellos mismos. El lector de la transcripción de la entrevista puede inferir una historia de falta de intimidad o soporte, o de rechazos significativos.

Dependiente/preocupado

Entre los niños más grandes, el patrón inseguro/ambivalente es llamado "dependiente" y al igual que el patrón observado entre los niños pequeños, su sello distintivo es la preocupación con la relación a costa de otras actividades. La figura de apego y el niño pueden entrar en un combate permanente por el control de la relación, la conversación está llena de desacuerdos y "humillaciones". El niño es quejumbroso y peleonero. Alternativamente, el niño puede hacer énfasis en su dependencia mostrándose en extremo cohibido o recatado (cuchicheando, por ejemplo), y aparentando desamparo. Incluso en esta edad, es más probable que los niños dependientes se muestren visiblemente más afectados por la separación de la figura de apego que los niños de otros grupos.

La analogía de este patrón aplicable en el caso de los adultos, es la del "preocupado". Estos individuos persisten en mantener vigentes los viejos pleitos con los padres, la falta de un sentido de identidad personal los aparta de familiares y padres, y son incapaces de evaluar su propio rol en las relaciones. Tampoco son capaces de tener una visión general y objetiva de sus primeras experiencias, ni de sus interacciones actuales; tienden a referirse sólo a los detalles.

Desorganizado/controlador/ indeciso/afligido

Ésta es la categoría menos consistente. Algunos signos de desorganización similares a los observados en los infantes pueden registrarse en los preescolares, especialmente en los más pequeños. Sin embargo, en los más grandes el patrón de desorganización parece emerger como una desorganización en la relación más que en el individuo. Son dos las formas en las que el niño puede tener control sobre la figura de apego. La primera se relaciona con el requerir atención. El niño pareciera sentirse responsable por hacer feliz a su figura de apego y al momento de los reencuentros se muestra brillante y entusiasta. El niño se esmera en comprometer a la figura de apego. La segunda es punitiva. El niño muestra una gran hostilidad hacia los padres (o figura de apego) en forma que garantiza que obtendrá de ellos la satisfacción de sus demandas. El niño también puede ignorar a la figura de apego en una forma que resulta evidente que al hacerlo viola en forma flagrante las convenciones sociales.

El rasgo significativo de los adultos que caen en la categoría de "desorganización" es la aflicción no resuelta producida por la pérdida de una figura de apego. Esta pérdida puede ser física y deberse a la muerte o al divorcio, o puede ser una pérdida de confianza debida al abuso o descuido. La aflicción inicial se caracteriza por experiencias desorganizadoras y desorientadoras. La aflicción no resuelta e infiere de las transcripciones de las entrevistas, en las que los síntomas de la continuación de una desorganización cognoscitiva se hacen evidentes cuando se discute la figura de apego (por ejemplo, mostrarse incrédulo ante la pérdida y persistiendo en sentimientos de culpa inapropiados).

También en todas las edades, a los individuos desorganizados se le proporciona una opción dentro del esquema de clasificación empleando las otras tres categorías (evitación, seguridad y ambivalencia).

El desarrollo del apego

Ya hemos mostrado que mediante el empleo del procedimiento de la situación extraña ha sido posible establecer que las conductas previamente exhibidas en el hogar son un buen predictor del estatus en el apego. De hecho, las conductas de apego mostradas en las evaluaciones sistemáticas son un indicador de la historia de relación. A partir de que la categoría de apego "desorganizado" fue introducida en el esquema de clasificación, ha sido posible mostrar que los niños maltratados exhiben en mayor medida este patrón de apego a diferencia de los niños de grupos control. Datos semejantes se han obtenido con niños cuyas madres presentan graves desórdenes afectivos bipolares. En general este tipo de resultado lleva a suponer que los patrones de apego seguro son el resultado de cuidados parentales apropiadamente responsables y que, por el contrario, el cuidado paterno inadecuado es el resultado de apegos muy inseguros. Otro tipo de estudios longitudinales han mostrado que cambios en la calidad del apego se relacionan con cambios en el ambiente familiar: si la calidad de vida de la madre mejora, es más probable que la relación madre-hijo se haga más segura; si por el contrario, la calidad de vida de la madre se ve deteriorada, será más probable observar que el apego madre-hijo se vuelve menos seguro.

La transmisión de patrones de apego entre generaciones

Con el desarrollo de la Entrevista de Apego en el Adulto (EAA: en inglés AAI), también ha sido posible comprobar si las experiencias de crianza determinan la capacidad de los adultos para criar a sus propios hijos. Los primeros resultados de este tipo de estudio muestran una gran concordancia entre los esquemas cognoscitivos del adulto con respecto al apego y el estatus del apego con sus propios hijos: los padres quienes son "seguros/autónomos", tienden a tener hijos con apego catalogado como seguro; aquellos padres clasificados "afligidos" tienden a tener hijos "evitadores" en su apego; y aquellos que son catalogados como "preocupados" tienden a tener hijos cuyo apego se clasifica como ambivalente/resistente. Aunque el apego infantil desorganizado se ha asociado con el maltrato y características psiquiátricas de la madre, también ocurre entre infantes de familias de bajo riesgo. En este caso pareciera ser que la desorganización en el apego está asociada a aflicciones no resueltas o periodos de duelo en los padres. Aunque no se ha demostrado con claridad, es posible suponer que los padres que maltratan a sus hijos a su vez han experimentado pérdidas traumáticas no resueltas como resultado de cuidados inadecuados cuando niños.

La EAA no pretende proporcionar una descripción exacta de la etapa infantil. Representa el modelo con el que trabaja el adulto las relaciones importantes tenidas durante su infancia (es decir, sus sentimientos y actitudes actuales con respecto a dichas relaciones). Los pocos datos disponibles al respecto, señalan, incluso, que un número significativo de adultos con una infancia infeliz se muestran como adultos seguros/autónomos. De igual manera, algunos adultos que son inseguros, probablemente tuvieron cuando niños un apego seguro. Los resultados obtenidos hasta la fecha muestran que las cogniciones y emociones del adulto (sus modelos de trabajo) con respecto a las relaciones afectan sus formas de proporcionar cuidados, lo que a su vez determina el estatus del apego mostrado por sus hijos. Mientras que las personas que hayan tenido infancias seguras, evidentemente, tendrán una mayor probabilidad de llegar a ser adultos más seguros que aquellos quienes sus primeras experiencias fueron rechazantes y de mal trato; las experiencias subsecuentes pueden cambiar los modelos de trabajo del apego y producir conducta consistente con el nuevo modelo. Esta conclusión, junto con la posibilidad de evaluar el apego en los adultos posee implicaciones terapéuticas evidentes.

Conclusión

Los métodos desarrollados para el estudio del apego pueden servir también para estudiar la relación entre el apego (particularmente infantil) y algunos problemas conductuales. Por ejemplo, existe evidencia de una relación entre la calidad del apego infantil y posteriores problemas conductuales presentados durante la edad escolar temprana. Esta relación, incluso es más fuerte para el caso de los niños que para las niñas [sin embargo, véase Bates y Bayles, 1988, quienes no encontraron una relación de este tipo]. Goldberg [1991] presenta evi-

dencia de la asociación entre el estatus clínico de niños atendidos por problemas de conducta y sus patrones de apego, por lo que propone su evaluación como una prueba rutinaria en los niños que son remitidos a clínicas de conducta por los problemas de comportamiento que presentan.

Podrá notarse que el conocimiento que se tiene acerca del apego es el resultado de investigaciones realizadas por psicólogos interesados en el desarrollo infantil, investigaciones que, no obstante sus implicaciones terapéuticas, por lo general no son de fácil acceso a profesionales con intereses clínicos o psiquiátricos. Dada esta situación, resulta conveniente llamar la atención sobre la necesidad de realizar un mayor esfuerzo de colaboración interdisciplinaria. El estudio de los fenómenos relacionados con el apego pudieran representar un modelo de colaboración en este sentido. Los conceptos de la teoría original fueron formulados por un psiquiatra, y muchos de sus desarrollos metodológicos y empíricos posteriores fueron aportaciones del trabajo de psicólogos del desarrollo. El modelo de investigación predominante en el estudio del apego puede verse como una combinación fructífera de técnicas clínicas y experimentales, de la cual, tanto los profesionales de la clínica (la posibilidad de desarrollar un trabajo clínico con una base empírica más sistemática y sólida), como los psicólogos experimentales (la necesidad de aplicar un enfoque clínico, con sus observaciones e intuiciones características, al estudio de fenómenos de comportamiento humano) se han beneficiado, y es factible esperar más beneficios en el futuro. En términos de la historia de la disciplina, la historia de la investigación en apego es corta, y, sin embargo, ya ha mostrado ser muy prometedora. La colaboración interdisciplinaria es un paso necesario para convertir esas promesas en realidades.♦

Bibliografía

Ainsworth, M.D.S., Blehar, M.C., Waters, E. (1978). *Patterns of attachment: a psychological study of the Strange Situation. Hillsdale*, N.J.: Erlbaum.*

— (1969). "Object relations, dependency, and attachment: a Theoretical review of the infant-mother relationship". *Child Development.* Vol. 40, 969-1025.

— (1964). "Patterns of attachment behavior show by the infant in interaction with his mother". *The Merril-Palmer Quarterly.* Vol. 10, 51-58.

Bandura, A. y Walters, A.H. (1963). *Social learning and personality development.* N.Y.: Holt, Rinchart y Winston.

Bates, J.E. y Bayles, K. (1988). "Attachment and the development of behavior problems". En J. Belsky y T. Nezworski (Eds.). *Clinical Implications of Attachment* (pp. 49-62). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.

Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss: attachment.* New York: Basica Books.

— (1982). *Attachment and Loss: Vol. I. Attachment.* 2ª Ed. New York: Basic Books.*

— (1958). "The nature of the child's tie to his mother". *International Journal of Psychoanalysis.* Vol. 39, 350-373.

Buss, D.M. (1991). "Evolutionary Personality Psychology". *Annual Review of Psychology.* Vol. 42. 459-491.

Fox, N., Kimmerly, N.L., y Schafer, W.D. (1991). "Attachment to mother/attatchment to father: a meta-analysis". *Child Development.* Vol. 62, 210-225.

Freud, S. (1940). *An Outline of Psychoanalysis.* New York: Norton.

Goldberg, S. (1991). "Recent Developments in Attachment Theory and Research". *Canadian Journal of Psychiatry.* Vol. 36, 393-400.*

Guntrip, H. (1961). *Personality Structure and Human Interaction.* New York: International Universities Press.

Harlow, H.F. (1958). "The nature of love". *American Psychologist.* Vol. 13, 673-685.

Herstein, R.J., y Boring, E.G.A. (1965). *A source book in the history of psychology.* Cambridge: Harvard University Press.

Maslow, A.H. (1955). "Deficiency motivation and growth motivation". En M.R. Jones (De.) *Nebraska Symposium on Motivation.* Nebraska: University of Nebraska Press.

Nash, A. (1988). "Ontogeny, Phylogeny, and Relationships". En s. Duck (De.). *Personal Relationships. Theory, Research an Interventions* (pp. 121-141). New York: John Wiley & Sons.*

Rubin, Z. (1974). "From Liking to Loving: Patterns of Attraction in Dating Relationships". En T.L. Houston (De.). *Foundations of Interpersonal Attraction* (pp. 383-402). New York: Academic Press.

Seligman, M.E.P. (1970). "On the generality of the laws of learning". *Psychological Review.* Vol. 77, 406-418.

Sroufe, L.A. (1985). "Attachments classification from the perspective of infant-carigiver relationships and infant temperament". *Child Development.* Vol. 56, 1-14.

Toates, F. (1980). *Animal Behaviour, A Systems Approach.* New York: John Wiley & Sons.

Van Ijzendoorn, M.H. y Kroonenberg, P.M. (1988). "Crosscultural patterns of attachment: a meta-analysis of the Strange Situation". *Child Development.* Vol. 59, 147-156.

* Para un tratamiento más profundo del tema se recomienda la consulta de las referencias precedidas por la marca *.

** Tomado de: Jorge Martínez Stack, "El amor y la teoría del apego". CONAPO. En: *Antología de la sexualidad humana.* Tomo II, pp. 57-83, México, 1994.